

tos de Nuestro Señor Jesucristo. Con frecuencia decía: «Sin los »méritos de Nuestro Señor nada en absoluto valen nuestras »obras». Invitaba á todos á poner en Dios toda su confianza, y estaba tan penetrado de esta necesidad, que con frecuencia le oi decir en medio de las más terribles amarguras: «Dios mío, mi suerte está en vuestras manos». (1) De esta manera, lejos de »arredrarse ante los trabajos, tenía sed de fatigas y sufrimientos, para que sus obras, por sólo los méritos de Nuestro Señor »Jesucristo, le proporcionasen el más grande bien. Mientras »vivió, tuvo grandes amarguras que duraron hasta su muerte; »pero las soportaba con la esperanza de la eterna gloria, moviendo á los demás á esperarla también». Tenía costumbre de »decir con frecuencia. «Nada es el trabajo para llegar al Paraíso». Y el día 22 de junio de 1633 escribía: En campaña hacen »la cocina los soldados, ó montan la guardia, y por quince céntimos al día. Menos penoso debe ser al Religioso cumplir con los »oficios por Dios que los paga con una felicidad eterna. Cumplamos, pues, con alegría nuestros numerosos oficios..... sería »locura muy grande esperar de los hombres la recompensa de »nuestras fatigas».

Si tanta era su esperanza por los bienes eternos, no era menor su confianza para obtener los bienes temporales en cuanto eran necesarios para su ministerio. «Trabajando por Dios, escribía, sería hacer gran agravio á la Providencia, que da de »comer á los pajaritos del campo, no tener suficiente fe, siendo »así que hace bastantes años que tiene gran cuidado de nosotros». Con aquella confianza los animaba sin cesar á la más estricta pobreza. En un momento de gran penuria escribió: «Trabaje »para que todo el mundo se una á Dios y estará todo el mundo »con vuestra Reverencia.» En esta historia hemos visto, cómo le había socorrido siempre Dios en sus más grandes escaseces; sin cesar se repetían en todas sus casas aquellos milagros de la Providencia: ya no los contaban. Declara el P. Marchesi, Dominico, Obispo después de Pouzzoles: «Nada había para comer una »noche en San Pantaleón. Avisaron al Padre que no se asustó »por ello, y se puso en oración. Al instante llaman á la puerta, »acude el portero, y encuentra á un joven que tenía de las riendas una yegua cargada de provisiones que le enviaban con diez »escudos de parte de una persona que no quería decir el nombre. »Todo el mundo creyó que era un Angel enviado á causa de las »oraciones de José para socorrer á los Religiosos en su penuria.» Por eso en las más apremiantes necesidades tenía costumbre de decir: «Oremos, pero dejemos al Señor que obre: la oración es »el canal de todas las gracias.» Si había tiempo, estaba siempre seguro de conseguir cuanto pedía. Un hombre á quien se debían doce escudos—60 pesetas—exigía un día con grandes gritos y amenazas que se le pagasen inmediatamente. Desesperados

(1) *In manibus tuis sortes meæ.* (Salmo XXX, 16).

estaban los pobres Padres de San Pantaleón: no había un céntimo en casa: le pidieron que esperase algunas semanas, pero él duro y cruel no quería escuchar á nadie; más aún, fué á buscar al Santo, volviendo á comenzar tan *divertida* escena. Sin comoverse José, lo citó para la tarde de aquel mismo día. Era una imprudencia, como le dijo el P. Cassani, porque, ¿cómo adquirir aquella cantidad en tan poca tiempo, aun saliendo á pedir? «Vuelva V. á la tarde, repitió el Santo al acreedor, que el Señor proveerá». En efecto, se puso en oración, y poco después le llegó una limosna superior á lo que debían.

El efecto inmediato de la esperanza es la desconfianza de sí mismo en atención á sus innumerables faltas. (1) El temor y la esperanza van siempre juntos, fortaleciéndose mutuamente. (2) Era el carácter distintivo de San José: desconfiaba tanto de sí mismo, cuanto mayor era la confianza que tenía en Dios. «Aunque era gran obrero en la viña del Señor, no confiaba sin embargo en sus propios méritos, se juzgaba el más despreciable de todos, poniendo su esperanza en los méritos de la vida y pasión de Nuestro Señor, y en la protección de la Santísima Virgen y de los Santos. Para despojarse más de sí mismo, declaró otro testigo, todas sus acciones se dirigían siempre á la mayor gloria de Dios... Era tan viva su esperanza, que estaba seguro de conseguir el cielo por la misericordia de Dios y por los méritos de su Hijo». Temía más que todo sucumbir á las ocultas asechanzas de las pasiones que provienen de la naturaleza, y deseaba que tuvieran el mismo temor y la misma confianza en Dios sus Religiosos. «Quisiera, escribía el 4 de agosto de 1628, que todos los nuestros examinasen bien sus fuerzas para luchar. Se hallarían tan esclavos de las astucias del demonio, que no podrían dar cuatro pasos, sin caer en tierra: y la prueba es que el justo peca siete veces al día, esto es, muchas veces. ¿Qué decir, pues, del pecador que tiene por amigos á sus propios enemigos capitales? Si considera V. R. las distracciones que pasan por nuestro espíritu desde la mañana hasta la noche, cuando deberíamos estar siempre en la presencia de Dios, vería V. R. qué verdad es que no podemos dar dos pasos sin caer, esto es, sin cesar de mirar á Dios para atender á las criaturas con el pensamiento y con la imaginación. Quien llegue á considerarse niño de dos años, dejándose caer con tanta frecuencia, desconfiará de sí mismo, poniendo su único apoyo en Dios: lo cual expresa nuestro Señor con aquellas palabras tan poco comprendidas y menos puestas en práctica: *Si no os hiciéreis niños pequeños, no entraréis en el Reino de los cielos*».

«En las más apremiantes necesidades tanto propias como ajenas, no tenía en los labios más palabras que estas: *Esper-*

(1) Santo Tomás 13. Sent. dist. 26, 9, 2, del 1, al 4.

(2) Id. 22. 9. 19, del 9, al 11.

mos en Dios. Era el único consuelo para inspirar confianza á los que acudían á él».

Quería que todos los Superiores de sus casas siguieran el método que empleaba él en el gobierno de su Orden. Escribió á uno de ellos el 25 de marzo de 1634. «Si cree V. R. que con sus *solas* fuerzas ha de poner remedio á los desórdenes y á las debilidades de los Religiosos, se engaña miserablemente. Por lo que á mi toca, no espero más que en Dios que suplirá con su gracia la falta de nuestras fuerzas, y remediará nuestras necesidades». Y el 10 de enero de 1637. «Vea V. R. cuánta prudencia y cuánta caridad debe tener el que se halla á la cabeza de nuestras casas. En esta materia, el que cree que sabe menos, sabe más, y reciprocamente, porque Dios ama á los humildes que confían en él solo y no en sus propias fuerzas». Y el 13 de diciembre de 1642. «Sobre todo, encomiende á Dios su casa no sólo muchas veces al día, sino también en la noche, en la soledad, sin que nadie lo vea, porque los tiempos son malos, *quoniam dies mali sunt*. (Ephs. V. 16.) Dios quiere que se le pida con frecuencia, y que se le importune para ver el anhelo con que recurrimos á él».

En medio de las mayores tribulaciones de su Orden sin pretensiones de ningún género por su obra, y hasta creyendo no haber hecho nada para su fundación, decía que era obra de Dios solo, y que por lo tanto sólo Dios sabría defenderla, resucitarla y propagarla. Por eso no cesaba de orar y de hacer orar hasta cuando se había perdido toda esperanza humana. «Decía y escribía que fueran constantes, que permaneciesen en el Instituto, que no dudasen, que la mano de Dios les protegería á su tiempo. Nada había hecho en la fundación, todo era de Dios, por consiguiente estaba seguro de su restablecimiento. Lo esperaba de las oraciones de sus hijos, á los cuales debía ya muchas gracias. Y cuando manifestaba alguna desconfianza por sus grandes dolores, me decía: «Mientras tenga un soplo de vida, no perderé la esperanza, *in spem contra spem* (Rom., IV, 18), porque no he hecho más que la obra de Dios. Jamás se quejaba del mal que se le hacía, pero gemía por la salvación del que se lo hacía». Otro testigo hizo esta declaración: «En medio de las desgracias de nuestra Orden y de nuestras angustias, jamás disminuyeron su esperanza y su confianza en Dios; contentábase con decir: «Dejemos obrar á Dios». Parece imposible llevar más lejos el heroísmo de la esperanza. Sin obtener resultado positivo, había hecho lo humanamente posible para salvar su Instituto, su único y muy amado hijo; nada había conseguido, todo iba de mal en peor; no le restaba más que el esqueleto, y teniendo ya 90 años ¿qué esperanza natural podía quedarle? y sin embargo, jamás dudó del éxito. «Si no somos ayudados por un milagro, escribía el 25 de agosto de 1646, está perdido nuestro Instituto.—Y sin embargo, añade otro testigo, á pesar de aquella certidumbre, estaba enteramente tran-

»quilo, viendo caer una Orden que le había costado tanto trabajo. Dejemos obrar á Dios que sabrá defender su causa, decía con frecuencia, y como era yo su Secretario, me hacía escribir á los Religiosos de todas las casas: *Estad firmes, y veréis el auxilio de Dios* (1). Pero quizá sea este el distintivo más hermoso de su esperanza. Oraba mucho y hacía que orase todo el mundo por la vida de la Orden; pero fuera de la oración estaba enteramente tranquilo; parecía que no se inquietaba por nada. Un día no pudo dejar de decirle airado el Cardenal Crescenzi, gran Protector suyo: Hay que tener más fuego, ayundándose más á sí mismo». Y el Santo le contestó con la mayor tranquilidad: «No, hay que dejar obrar á Dios».

Otro efecto de la verdadera esperanza es no apoyarse en ninguna criatura, y por criaturas hay que entender todo lo que no es Dios. Comenzó San José por renunciar á cuanto hubiera podido hacerle salir adelante en su proyecto de la educación de la juventud; riquezas de familia, beneficios considerables que había obtenido, muchos Obispos ofrecidos, y á lo menos tres veces la púrpura cardenalicia; en lugar de todo aquello quiso fundar su Instituto en la santa Pobreza, sin ningún recurso humano. Y lo que había hecho él mismo, quería que lo hicieran en cada una de sus casas en particular, aunque se hallasen con frecuencia en muy apremiantes necesidades. «Un día faltaban por completo los viveres en San Pantaleón. Estaba yo con él, cuenta un testigo, compatriota suyo, y le pregunté por qué no acudía á los españoles que estaban en Roma, que le darían alguna limosna. Porque, me contestó, me dará Dios—pero repliqué: es necesario dejarse ayudar de los recursos de los hombres que son instrumentos de Dios.—No, me dijo, Dios tiene cuidado de sus criaturas. Conoci entonces que toda su confianza la tenía en Dios, y no quise seguir adelante». Ya hemos visto que daba á los pobres las provisiones más indispensables para su casa, diciendo á los Padres que se alarmaban: «Tengamos confianza en Dios que no falta jamás». Quería que hicieran lo mismo en todas sus casas; creía ver en ello la mayor probabilidad de éxito. A un Superior escribía el 10 de diciembre de 1621: «No tema V. R. que olvide Dios á nuestros Hermanos, porque han ido á Norcia sólo por amor á él, y no por sus propios intereses: él se acordará de ellos». Y en otras cartas: «Me hablaba V. R. de algunos bienhechores que le manifiestan gran inclinación; quiero más la confianza en Dios que nos socorre siempre en nuestras necesidades... Espere en Dios, y no en los hombres; si nos dedicamos á servirle y á confiar en él, irán bien todas nuestras cosas».

No eran simples consejos de fácil aplicación, y que se dan fácilmente á la luz de la fe: hay que seguirle en los medios que

(1) *Confidenter state, et videbitis auxilium Dei super vos* (2 Paral. XX, versículo 17).

empleaba para defenderse, ya cuando fué cruelmente atacada su reputación, ya cuando estaba á punto de ser destruída su Orden por los más poderosos adversarios. «No se ocupaba ni poco ni mucho en su defensa, no queriendo jamás emplear los medios humanos, ni valerse de los numerosos amigos que tenía ó que hubiera hallado fácilmente en la Corte Romana. Contentábase con responder á todas las instancias: Dejemos obrar á Dios.—Según esta regla de conducta, jamás se quejó de nadie, ni de viva voz, ni por escrito, contentándose con decir: Dejemos obrar á Dios; tratemos de conocer primero y de seguir después la santa voluntad de Dios. La oración debe ser nuestro solo refugio y nuestro único consuelo; debemos recibir estas contrariedades de las manos de Dios, y no de los hombres, porque es singular gracia que nos castigue en este mundo para ahorrarnos el castigo en el otro. Le hubiera sido fácil interesar en su favor al Embajador de España y á otros príncipes poderosos que le tenían en tanto aprecio; jamás se sirvió de tal apoyo.... En tan gran número de contrariedades, dice otro testigo, no sólo no buscó auxilio humano, sino que, habiéndoselo ofrecido algunos personajes de autoridad, no aceptó respondiéndoles del mismo modo. Está bien: dejemos obrar á Dios. No quería que se ocupase en su defensa ninguno de sus amigos, diciendo á cuantos le hablaban: «No quiero perder tan buena y santa ocasión de salvar mi alma». En el mismo sentido declaran todos los testigos sin excepción; ninguno le oyó jamás quejarse ó acusar á alguno. «Me lamentaba un día en su presencia, dice un Padre Teatino, de la tempestad porque pasaba entonces su Orden. Deje Vd., me respondió el P. José, Dios vela sobre todo. Lo único que me interesa es la gloria de Dios y la salvación del prójimo. Benditos sean nuestros enemigos; roguemos por ellos, y haga Vd. lo mismo, porque yo lo pongo todo en las manos de la Providencia de Dios, que es muy grande». Hemos visto ya las impacencias del Cardenal Crescenzi, hallándolo impasible en medio de tantos peligros: lo mismo sentían todos sus amigos, pero inútilmente; tal certidumbre producía en él la esperanza en Dios: interviniendo de algún modo, creía oponerse á los designios de Dios. A fines de marzo de 1746, casi al fin de su vida, escribía á su amigo, el Obispo de Malta. «Por la gaceta habréis tenido conocimiento de la ruina de nuestra Orden, que no se á donde la conduce el Señor. Entre tanto esperamos siempre la salvación, *in spem divinam contra spem humanam*. Hay que poner en Dios nuestra heroica confianza, y sólo después de esto, podremos esperar algo de las criaturas, sirviéndonos de ellas, sólo como de medios secundarios, de instrumentos con que quiere Dios hacer el bien. Ante todo recurramos á los Santos por medio de la oración, sirviéndonos después un poco del auxilio de los hombres». Expresaba así José la más pura doctrina de Santo Tomás.

Quizá halle el lector naturalista que había demasiado fatalis-

mo en la esperanza de nuestro Santo. Mientras lo esperaba todo del auxilio de Dios, fué enteramente destruido y hasta abolido su Instituto. Pero la santidad sale de los caminos trillados: tiene excesos que no pueden imitar sino los que son también santos. Pero tampoco estaba inactivo José; hemos visto en el curso de esta historia que nada había desechado por su parte; ni protectores, ni gastos, ni abogados. Sin embargo, ninguna confianza tenía en todos aquellos medios, conocía bien la pujanza de sus enemigos que estaban entonces en el poder. Sólo Dios podía hacerle triunfar; y tenía la felicidad de poder consolarse esperándolo todo de él solo. Débil caña, ¿qué podía hacer él en frente del Papa, de la Inquisición y de una Orden Religiosa tan poderosa entonces? Rendirse á la tempestad, y esto es lo que hizo, pero con absoluta certidumbre de la resurrección. En aquella certidumbre se revelaba el heroísmo de su esperanza. Además ¿no sabía con anticipación por revelación divina lo que había de venir? las humillaciones primero, después la gloria. No se diga que con semejante certidumbre no tenía mérito alguno en esperar. El espíritu profético no da toda la luz que tenemos después de realizados los acontecimientos. Tiene sus sombras: y la constancia, á pesar de esas sombras y obscuridades, es la prueba de la santidad. La Santísima Virgen sabía perfectamente al pie de la Cruz que había de resucitar su hijo: ¿quién se atreverá á decir que aquella creencia le impedía sufrir cruelmente? Es además el pensamiento de San Bernardo expresado admirablemente en la Homilía que todos los años leemos en el Oficio: *Sed forte quis dicat: ¿Numquid non eum præscierat moriturum? et indubitanter. ¿Numquid non sperabat continuo resurrecturum? et fideliter. ¿Super hoc doluit crucifixum? et vehementer.* (1)

AMOR DE DIOS

La caridad sigue necesariamente á la esperanza, porque el que espera la recompensa de Dios, se abrasa en su amor: es doctrina del Angélico Doctor. (2) Llamo amor de Dios, dice San Agustín, al movimiento del alma que trata de gozar de Dios por el mismo Dios, siendo el primer signo de ese movimiento del alma hacia Dios, el horror al término opuesto que es el pecado. (3) Ya hemos visto, en efecto, la gran aversión que desde su niñez tuvo al pecado, y durante su vida no cesaron de crecer aquella aversión al mal, y recíprocamente su amor á Dios. Escuchemos á uno de los testigos del proceso. «Tenía grandísimo amor á Dios, sintiendo vivamente las ofensas hechas á Su Divina Majestad, y esforzándose por conducir los pecadores al arrepentimiento. Hubiera deseado que nadie ofendiera á su Dios.

(1) (San Bernardo. *Sermo de duodecim stellis*).

(2) *Santo Tomás*. 2. 2. 9. 17. a 8. c.

(3) San Agustín in 3 de Doct. Christ. cap. 10.

» Cuando oía alguna palabra poco decente, manifestaba al punto su disgusto y la reprendía como podía; aunque fuera de semejantes ocasiones, estaba siempre lleno de suavidad y mansedumbre. Indignábase contra los pecados que se cometían en el mundo especialmente contra los de los grandes y poderosos, y cuando oía hablar de ellos, se retiraba á su habitación, y tomaba una disciplina para obtener de Dios el perdón y la conversión de aquellos pobres pecadores. Cuando decía una mentira alguno de los alumnos, le corregía inmediatamente, diciendo: ¡Desgraciado! ¿sabes lo que es la mentira? Cuando veía á los jóvenes que cuidaban con prolijidad sus cabellos, consideraba como vanidad y estímulo para el mal aquella superfluidad, y les decía: ¡He ahí un lazo de vanidad con que no había contado el demonio!» Conocía muy bien la poca solidez que para la virtud hay en las pobres cabezas huecas de jóvenes, tan preocupados con las pequeñas vanidades del exterior, y olvidados enteramente de las cosas más serias de la vida.

Afirman todos los testigos que desde su más tierna infancia dejó los juegos propios de su edad, siendo su único recreo en medio de los estudios la oración y el amor á las cosas de Dios. Su capillita lo ocupaba por completo en sus ratos de ocio. ¡Cuántas vocaciones para el sacerdocio se revelan en esos juegos infantiles, tan comunes en otro tiempo, y tan raros en las familias de hoy, que no favorecen esos precoces instintos! Y conforme iba creciendo, aumentaban en él visiblemente el amor de Dios y el amor de las almas que es su natural consecuencia. Todos los días, abrumado por los negocios, dedicaba largas horas á la oración, hallando tiempo para todo, puesto que no perdía un momento. Cuando se lo permitían los ejercicios de la vida activa, se retiraba á su habitación para contemplar á su placer las grandezas de Dios, teniendo la costumbre de decir que su cuarto era un Paraíso. Lo interrumpían una visita, un asunto cualquiera; iba á hacer la clase ó á barrer la casa; nada ni nadie podían distraerlo de la presencia de Dios; de ahí su gran facilidad para ponerse en oración al momento, aunque á decir verdad, no la interrumpía nunca. En las más importunas ocupaciones, y jamás le faltaron en su vida, lo hemos visto, que rezaba sin cesar oraciones jaculatorias para que no le absorbieran por completo.

Aquel amor de Dios lo sostuvo en los crueles sufrimientos físicos y morales de su larga vida de verdadero martirio, sobre todo en los últimos veinticinco años. ¡Qué no sufrió para la fundación de su obra capital, las Escuelas Pías! Todo lo reducía á dos palabras «Todo lo he hecho por puro amor de Dios.» Y conformes están todas las declaraciones de los testigos en afirmar «que el Padre José había amado siempre á Dios muy tiernamente, ocupándose únicamente en él, con entero desapego de todas las criaturas. En todas sus acciones ardía la caridad; no hablaba más que por amor de Dios, Dios era su único objeto, y á Dios refería siempre lo que hacía.»